

ÚRSULA MIROUET

PRIMERA PARTE

LOS HEREDEROS ALARMADOS

Entrando en Nemours, por la parte de París, se pasa sobre el canal del Loing, cuyos ribazos dotan de murallas campestres, al par que de pintorescos paseos, á aquel hermoso pueblecito. Desgraciadamente, desde 1830, se han construído varias casas de la parte de acá del puente, y, si esta especie de arrabal aumenta, la fisonomía de la villa perderá su graciosa originalidad. Pero en 1829, como los lados de la carretera estaban desprovistos de edificios, el dueño de la posta, hombre alto y grueso y de unos sesenta años, sentado en el punto más culminante de aquel puente, podía abarcar con la mirada, durante una hermosa mañana, un gran trecho de la carretera. El mes de septiembre desplegaba

sus tesoros; la atmósfera brillaba sobre las hierbas y los guijarros, y ninguna nube alteraba el azul del éter, cuya pureza indicaba la excesiva rarefacción del aire; así es que Minoret-Levrault, que tal era el nombre del dueño de la posta, se veía obligado á formarse una especie de visera con una de las manos, para que no le deslumbrase el sol. Como hombre cansado ya de esperar, miraba tan pronto las encantadoras praderas que existen á la derecha del camino, como la colina cargada de árboles que se extiende á la izquierda desde Nemours á Bouron. Oía en el valle del Loing, donde resonaban los ruidos del camino reflejados por la colina, el galope de sus propios caballos y los chasquidos del látigo de sus postillones. ¿No es preciso ser dueño de posta para impacientarse ante una pradera donde pastaba el ganado, como en un cuadro de Pablo Potter, bajo un cielo de Rafael, y ante un canal sombreado de árboles como los que pinta Hobbema? El que conoce Nemours, sabe que allí la naturaleza es tan hermosa como el arte, cuya misión es espiritualizarla: allí el paisaje despierta ideas y hace pensar. Pero era tan original á fuerza de ser común el tal Minoret-Levrault, que un artista hubiera abandonado el paisaje para hacer el boceto de este plebeyo. Reunid todas las tendencias del bruto y obtendréis á Calibán, que es ciertamente una gran cosa. Donde domina la forma, el sentimiento desaparece. El dueño de la posta, prueba animada de este axioma, tenía una de esas fisonomías donde el pensador ve difícilmente huellas de alma bajo la violenta encarnación que produce el brutal desarrollo de la

materia. Su gorrilla de paño azul, con visera pequeña y orejeras, moldeaba una cabeza cuyas enormes dimensiones probaban que la ciencia de Gall no ha determinado aún bien el capítulo de las excepciones. Los cabellos grises que dejaba al descubierto la gorrilla os hubieran demostrado, por otra parte, que el pelo encanece por causas distintas de las fatigas del espíritu ó los pesares. A ambos lados de la cabeza se veían sendas y enormes orejas cicatrizadas casi por los bordes de las erosiones de una sangre demasiado abundante y que parecía próxima á brotar al menor esfuerzo. La tez ofrecía tonos violáceos bajo una capa morena debida á la costumbre de afrontar el sol y la intemperie. Sus ojos grises, vivarachos, hundidos y escondidos bajo abundantes cejas negras, se parecían á los ojos de los calmuco que vinieron en 1815, y, si brillaban, lo hacían únicamente animados por algún pensamiento codicioso. Su nariz, deprimida desde su nacimiento, se remangaba bruscamente por la punta. Sus gruesos labios estaban en armonía con su doble barba casi repulsiva, cuyo afeite se hacía apenas dos veces por semana, y que mantenía un mal pañuelo en estado de cuerda usada. Todo esto, unido á un cuello arrugado á fuerza de estar grueso, aunque muy corto, y á unos espaciosos carrillos, completaban los caracteres de la fuerza bruta que los escultores imprimen á sus cariátides. Minoret-Levrault se parecía á esas estatuas, con la única diferencia de que éstas sostienen un edificio, mientras que él tenía bastante que hacer para sostenerse á sí propio. El busto de aquel hombre era un bloque:

parecía un toro levantado sobre sus patas traseras. Sus vigorosos brazos terminaban en manos callosas, duras, anchas y fuertes, que sabían y podían manejar el látigo, las riendas y el freno, y de las que ningún postillón se burlaba. El enorme vientre de este gigante estaba soportado por unas piernas gruesas como el cuerpo de un adulto y por unos pies de elefante. La cólera debía ser rara en aquel hombre; pero terrible y apoplética una vez que estallaba. Aunque violento é incapaz de reflexionar, aquel ser no había hecho nada que justificase las siniestras promesas de su fisonomía. Al que temblaba delante de aquel gigante, sus postillones le decían:

—¡Oh! ¡no es malo!

El dueño de la posta de Nemours llevaba una cazadora de terciopelo verde botella, un pantalón de cutí verde con rayas del mismo color, y un enorme chaleco amarillo de piel de cabra, en uno de cuyos bolsillos se dibujaba, formando un círculo negro, una monstruosa tabaquera. A nariz chata gran tabaquera, es una ley casi sin excepción.

Hijo de la Revolución y espectador del Imperio, Minoret-Levrault no se había metido nunca en política. Respecto á sus opiniones religiosas, diremos que no había puesto los pies en la iglesia más que para casarse; y en cuanto á sus principios en la vida privada, existían en el Código civil: creía factible todo lo que la ley no prohibía ó no podía castigar. No había leído nunca más que el periódico del departamento del Sena y Oise, ó algunas instrucciones relativas á su profesión, y, aunque pasaba por cultivador hábil,

su ciencia era puramente práctica; así, pues, en Minoret-Levrault la parte moral no desmentía la física. Generalmente hablaba poco, y, antes de tomar la palabra, tomaba un poco de tabaco para tener tiempo, no de buscar las ideas, sino las palabras. Al ver que esta especie de elefante sin trompa y sin inteligencia se llama *Minoret-Levrault*, ¿no hay que reconocer, con Sterne, el poder oculto de los nombres, que tan pronto escarnecen como predicen los caracteres? A pesar de estas visibles incapacidades, en treinta y seis años, y gracias á la Revolución, el dueño de la posta había ganado treinta mil francos de renta, en praderas, tierras laborables y bosques. Si Minoret, interesado en las diligencias de Nemours y en las de Gatinais á París, trabajaba aún, lo hacía, más bien que por costumbre, por un hijo único, al que quería deparar un buen porvenir. Este hijo, que, como decían los aldeanos, se había hecho un señor, acababa de terminar la carrera de derecho y se disponía á ejercerla. El señor y la señora de Minoret-Levrault—pues á través de este coloso todo el mundo habrá visto una mujer sin la cual hubiera sido imposible tan gran fortuna—dejaban á su hijo en libertad completa para dedicarse al notariado, á la magistratura, á administrador de hacienda ó á dueño de posta. ¿Qué capricho podía negarse, ó á qué no podía aspirar el hijo de un hombre de quien se decía desde Montargis hasta Essonne: «El padre Minoret no sabe lo que tiene»? Este dicho había recibido una nueva sanción cuatro años antes, cuando, después de haber vendido su posada, Minoret se

construyó cuadras y una soberbia casa, transportando la posta de la calle Mayor al puerto. Este nuevo establecimiento había costado doscientos mil francos, y se hablaba de él, doblando así su valor, en treinta leguas á la redonda. La posta de Nemours exige un gran número de caballos: va á Fontainebleau y hace el servicio de las carreteras de Montargis y de Montereau, y las distancias son largas, aparte de lo arenosa que es la carretera de Montargis que, como tal, exige aquel fantástico tercer caballo, que se paga siempre y no se ve nunca. Un hombre de la contextura de Minoret, rico como Minoret, y á la cabeza de semejante establecimiento, podía, pues, llamarse sin antifrasis el dueño de Nemours, como le llamaban á veces por abreviar. Aunque no hubiese pensado nunca en Dios ni en el diablo, y aunque fuese materialista práctico, como era agricultor práctico, egoísta práctico y avaro práctico, Minoret había gozado hasta entonces de una dicha sin mezcla, si puede llamarse dicha al goce de una vida puramente material. Viendo el rodete de carne pelada que envolvía la última vértebra y comprimía el cerebelo de aquel hombre, y oyendo, sobre todo, su voz atiplada, que contrastaba ridículamente con su corpulencia, un fisiologista hubiese comprendido perfectamente el porqué aquel cultivador grande, grueso y deforme adoraba á su hijo único y el porqué lo había esperado tanto tiempo, como lo expresaba claramente el nombre de Desiderio que llevaba el muchacho. En fin, si el amor es en el hombre una promesa de las mayores cosas, los filósofos comprenderán las causas de la incapa-

cidad de Minoret. La madre, que era por fortuna á quien más se parecía el hijo, rivalizaba en mimos con el padre. Ningún natural de niño hubiera podido resistir á aquella idolatría; así es que Desiderio, que conocía la extensión de su poder, sabía explotar la cajita de su madre y acudir á la bolsa de su padre, haciendo creer á los autores de sus días que no se dirigía más que á uno de ellos. Desiderio, que desempeñaba en Nemours un papel infinitamente superior al que desempeña un príncipe real en la capital de su padre, había querido darse todos los gustos en París, como se los daba en su pueblo, y había gastado cerca de doce mil francos cada año. Pero hay que advertir que por esta suma había adquirido ideas que no se le hubiesen ocurrido nunca en Nemours; había perdido el pelo de la dehesa, había comprendido el valor del dinero y había visto en la magistratura un medio de progresar. Durante el último año había gastado diez mil francos más, tratándose con artistas, con periodistas y con sus queridas. Una carta confidencial bastante inquietante hubiese explicado, en caso de necesidad, la espera del dueño de la posta, á quien su hijo pedía apoyo para un casamiento; pero la madre Minoret-Levrault, ocupada en preparar un suntuoso almuerzo para celebrar la vuelta del licenciado en derecho, había enviado á su marido á la carretera, recomendándole que montase á caballo si no veía la diligencia. La diligencia que tenía que conducir á aquel hijo único llega ordinariamente á Nemours á las cinco de la mañana, y estaban ya dando las nueve! ¿Cuál podía ser

la causa de semejante retraso? ¿Habría volcado? ¿Estaría vivo Desiderio? ¿Se habría roto una pierna?

Tres chasquidos de látigo suenan y desgarran el aire como una descarga; los chalecos rojos de los postillones empiezan á vislumbrarse, y diez caballos relinchan. El dueño de la postase quita la gorrilla, la agita en el aire y es visto. El postillón mejor montado, el que llevaba dos caballos de calesa, se anticipa y se presenta al dueño.

—¿Has visto á la Ducler?

En las carreteras suelen darse á las diligencias nombres bastante raros, y se dice: la Caillard, la Ducler, la Oficial. Toda empresa nueva es la *Competencia*. Desde que empezó la nueva empresa de los Conde, sus coches se llamaban la *Condesa*. «La Caillard no ha cogido á la Condesa, pero la Oficial sí. La Caillard y la Oficial han reventado á las Francesas.» Si veis al postillón yendo al galope y rehusando un vaso de vino, interrogad al mayoral y veréis como os responde con el cuello tendido y la vista fija en el espacio: «¡La *Competencia* va delante!—¡Y no la vemos! dice el postillón. La maldita no habrá dado tiempo para comer á los pasajeros.—¿Es que lleva alguno? responde el mayoral. Arrea á Poliñac.» Todos los caballos malos se llaman Poliñac. Tales son las bromas y el fondo de la conversación entre postillones y mayorales. En Francia hay tantas jergas como profesiones.

—¿Has visto á la Ducler?...

—¿Al señorito Desiderio? respondió el postillón interrumpiendo á su amo. Ya debió usted

entendernos, pues bastante lo anunciaron nuestros látigos; ya nos figurábamos que estaría usted en la carretera.

—¿Por qué viene la diligencia con cuatro horas de retraso?

—Entre Essonne y Ponthierry se soltó un aro de la rueda trasera. Pero no ha ocurrido accidente ninguno, porque, afortunadamente, en la subida, Cabriolle se apercibió de ello.

En este momento, una mujer endomingada, pues las campanas de la iglesia de Nemours llamaban á los habitantes á la misa del domingo, una mujer de unos treinta años se encaró con el dueño de la posta, diciéndole:

—¡Y bien, primo, vosotros no queríais creerme! Nuestro tío va con Úrsula por la calle Mayor y ambos se encaminan á la iglesia á oír la misa mayor.

A pesar de las leyes de la poética moderna, es imposible llevar la verdad hasta el punto de repetir el horrible apóstrofe mezclado de juramentos que esta noticia, tan poco dramática en apariencia, hizo salir de la enorme boca de Minoret-Levrault, cuya voz atiplada se hizo silbante y cuya cara presentó el aspecto de un rostro congestionado.

—Pero ¿es cierto eso? dijo después de la primera explosión de cólera.

Los postillones pasaron con sus caballos saludando á su amo, que pareció que no los había visto ni oído. En lugar de esperar á su hijo, Minoret-Levrault se fué á la calle Mayor con su prima.

—¿No os lo decía yo siempre? Cuando el doc-

tor Minoret pierda la cabeza, esa gatita muerta lo hará devoto, y, como el que tiene el espíritu tiene la bolsa, acabará por llevarse nuestra herencia.

—Pero, señora Massin... dijo el dueño de la posta estupefacto.

—¡Cómo! repuso la señora Massin, interrumpiendo á su primo. Usted también va á decir, como mi marido: «¿Acaso puede inventar y ejecutar tales planes una niña de quince años y hacer perder sus opiniones á un hombre de ochenta y tres, que no ha puesto los pies en una iglesia más que para casarse, que tiene horror á los curas y que ni siquiera acompañó á esa niña á la parroquia el día de su primera comunión?» Pues bien, si el doctor Minoret tiene horror á los curas, ¿por qué pasa todas las noches, hace ya quince años, con el abate Chaperon? El viejo hipócrita no ha dejado nunca de dar á Úrsula veinte francos para el cirio el día de la bendición del pan. ¿No se acuerda usted ya del regalo que hizo Úrsula á la iglesia, para dar las gracias al cura por haberla preparado para la primera comunión? Ella empleó en él todos sus ahorros, y su padrino se los devolvió duplicados. ¡Ustedes, los hombres, no se fijan en nada! Al saber estos detalles, yo me dije: «¡Adiós mi dinero!» Un tío no obra así sin intención con una mocosuela recogida por caridad.

—¡Bah! prima mía, repuso el dueño de la posta, el pobre hombre acaso acompañará á la iglesia á Úrsula por casualidad. El tiempo está hermoso, y nuestro tío habrá salido á pasearse.

—Primo mío, nuestro tío lleva un devocionario en la mano, y marcha con aire gazmoño. En fin, ya lo verá usted.

—Bien se escondían los malditos, porque la Bougival me dijo que el doctor y el abate Chaperon no hablaban nunca de religión, respondió el corpulento dueño de la posta. Por otra parte, el cura de Nemours es el hombre más honrado de la tierra: daría su última camisa á un pobre; es incapaz de una mala acción, y eso de hurtar con sutileza una herencia es...

—¡Eso es robar! dijo la señora Massin.

—¡Es peor aún que robar! gritó Minoret-Levrault, exasperado ante la observación de su charlatana prima.

—Ya sé que el abate Chaperon es un hombre honrado, á pesar de ser cura; pero es capaz de todo por los pobres, respondió la señora Massin. Habrá minado, minado y minado á nuestro tío, y el doctor habrá caído en la santurronería. Estábamos tranquilos, y héle ya pervertido. ¡Un hombre que no ha creído nunca en nada y que tenía principios! ¡Oh! ¡nosotros ya lo hemos perdido todo! Mi marido está que no sabe lo que le pasa.

La señora Massin, cuyas frases eran otros tantos lancetazos para su obeso primo, le hacía caminar tan aprisa como ella, á pesar de su gordura, y con gran asombro de la gente que iba á misa. La prima deseaba alcanzar al tío Minoret y mostrárselo al dueño de la posta.

Por la parte del Gatinais Nemours está dominado por una colina, en torno de la cual serpentea la carretera de Montargis y el Loing. La

iglesia, cuyas piedras ha cubierto el tiempo con su rico y negro manto (pues sin duda fué restaurada en el siglo xiv por los Guisas, para los cuales fué erigido Nemours en ducado), se levanta al extremo de la aldea. Lo mismo para los monumentos que para los hombres, la posición es el todo. Sombreada por algunos árboles y puesta de relieve en medio de una plazuela muy limpia, aquella iglesia solitaria produce un efecto grandioso. Al desembocar en la plaza, el dueño de la posta pudo ver á su tío que daba el brazo á la joven llamada Úrsula, entrando ambos en la iglesia con sendos devocionarios en la mano. En el pórtico, el anciano se quitó el sombrero, y su cabeza, completamente blanca como una cima coronada de nieve, brilló en medio de las tenues tinieblas de la fachada.

—Minoret, ¿qué dice usted de la conversión de su tío? exclamó el recaudador de contribuciones de Nemours, llamado Cremiere.

—¿Qué quiere usted que diga? le respondió el dueño de la posta ofreciéndole un polvo de tabaco.

—Bien respondido, padre Levrault. Usted no puede decir lo que piensa, si ha de seguir los consejos de un ilustre autor, que dijo que el hombre está obligado á pensar mucho lo que va á decir antes de soltarlo, exclamó maliciosamente un joven que se presentó de pronto y que desempeñaba en Nemours el papel del Mefistófeles de *Fausto*.

Este mal sujeto, llamado Goupil, era el primer pasante del señor Cremiere-Dionis, notario de Nemours. A pesar de los antecedentes de una

conducta casi crapulosa, Dionis había tomado á Goupil en su estudio cuando éste no pudo seguir viviendo, á causa de su indigencia, en París, donde había derrochado la herencia de su padre, honrado labrador que quería dedicarlo al notariado. Viendo á Goupil, hubieseis comprendido en seguida que se hubiese apresurado á gozar de la vida, pues, para obtener goces, tenía que pagarlos muy caros. A pesar de su pequeña estatura, el pasante tenía tan desarrollado el busto á los veintisiete años como un hombre de cuarenta. Unas piernas raquílicas y cortas, y una cara ancha de color brumoso como un cielo antes de tormenta y rematada en calva frente hacía resaltar aun más su extraña conformación, pues su cara parecía pertenecer á un jorobado cuya joroba hubiera estado dentro. Una singularidad de aquella cara avinagrada y pálida confirmaba la existencia de esta invisible gibosidad. Su nariz corva y torcida como la de muchos jorobados, se inclinaba hacia la izquierda en lugar de dividir la cara en dos partes iguales. Su boca, contraída en las comisuras como la de los sardos, dibujaba siempre una sonrisa irónica. Su cabellera, rala y rojiza, formaba pobres mechones y dejaba ver el cráneo á intervalos. Sus manos, grandes y mal enmangadas al extremo de unos brazos demasiado largos, eran ganchudas y rara vez estaban limpias. Goupil llevaba unos zapatos buenos para arrojarlos á la basura, y unas medias de filadiz de un color negro rojizo; un pantalón y una levita negros, raídos y grasientos de puro sucios, un chaleco roto en el que faltaban la mayor parte de los botones, y el pañuelo viejo

que le servía de corbata, anunciaban la cínica miseria á que le tenían condenado sus pasiones. Este conjunto de cosas siniestras estaba dominado por dos ojos de cabra, lascivos al par que cobardes, y provistos de una pupila con cerco amarillo. Nadie en Nemours era más temido y respetado que Goupil. Armado de las pretensiones que le proporcionaba su fealdad, este ser tenía esa detestable gracia propia de los que se lo permiten todo, y la empleaba para vengar los desengaños de una envidia permanente. El era el que hacía las coplas satíricas que se cantan en carnaval; él era quien organizaba las encerradas, y él hacía por sí solo el periodiquillo de la villa. Dionis, hombre astuto y falso, y por lo mismo bastante tímido, no despedía á Goupil, tanto por el temor que le inspiraba, como por su excesiva inteligencia y profundo conocimiento de los intereses del país. Pero el patrón desconfiaba tanto de su pasante, que administraba en persona la caja, no lo albergaba en su casa, lo mantenía á respetable distancia y no le confiaba ningún asunto secreto ó delicado; así es que el pasante adulaba á su patrón, procurando indagar la causa de su conducta, y vigilaba á la señora Dionis llevado de un pensamiento vengativo. Goupil, dotado de gran inteligencia, era despejado para el trabajo.

—¡Oh! tú ya te estás riendo de nuestra desgracia, respondió el dueño de la posta al pasante, que se frotaba las manos.

Como Goupil adulaba rastreramente todas las pasiones de Dionis, el cual hacía ya cinco años que no tenía más compañero que él, el dueño de la posta lo trataba con bastante descortesía, sin

sospechar el horrible terror de malas voluntades que se amontonaba en el fondo del corazón de Goupil á cada nueva herida. Después de haber comprendido que el dinero le era más necesario que á nadie, el pasante, que tenía conciencia de que sabía más que toda la burguesía de Nemours, quería hacer fortuna, y contaba con la amistad de Desiderio para comprar uno de los tres cargos de la villa, ó sea: la escribanía del juzgado de paz, la plaza de uno de los alguaciles, ó la notaría de Dionis, y por eso soportaba pacientemente las pullas del dueño de la posta y los desprecios de la señora Minoret-Levrault, desempeñando á la vez un infame papel al lado de Desiderio, que hacía dos años que le dejaba consolar á las arianas, víctimas del final de vacaciones. Goupil devoraba así las migajas de los festines que él había preparado.

—Si yo fuese sobrino de ese hombre, ni Dios me hubiese disputado la herencia, replicó el pasante, haciendo una horrible mueca que dejó al descubierto sus dientes ralos, negros y amenazadores.

En este momento, Massin-Levrault, escribano del juzgado de paz, se unió á su mujer y se llevó á la señora Cremiere, mujer del recaudador de Nemours. Este personaje, que era uno de los burgueses más tiesos de la villa, tenía cara de tártaro: ojitos pequeños y redondos bajo una frente deprimida, cabellos crespos, orejas grandes sin reborde, boca casi sin labios y barba poco poblada. Sus maneras tenían la implacable dulzura de las de los usureros, cuya conducta se basa en principios fijos. Hablaba como hombre

que había perdido la voz, y finalmente, para tener una idea de él, bastará decir que empleaba á su hijo mayor y á su mujer en los trabajos de la escribanía.

La señora Cremiere era una mujerona de color rubio dudoso y de tez acribillada de pecas, que se apretaba demasiado el corsé, que estaba emparentada con la señora Dionis y que pasaba por instruída porque leía novelas. Esta hacendada del último orden, llena de pretensiones de mujer elegante y distinguida, esperaba la herencia de su tío para adquirir cierta categoría, adornando su salón y recibiendo en él á la burguesía; ya que en la actualidad su marido le negaba las lámparas, las litografías y las futilidades que veía en casa de la notaria.

La recaudadora temía excesivamente á Goupil, el cual acechaba y propalaba sus *capsuslinguismos* (así traducía ella la palabra *lapsus linguae*). Un día la señora Dionis le dijo que no sabía qué agua escoger para sus dientes, y ella le respondió:

—Tome usted la opiata.

Casi todos los colaterales del anciano doctor Minoret se encontraron reunidos este día en la plaza, y la importancia del acontecimiento que los amotinaba fué tan generalmente comprendida, que los grupos de aldeanas y aldeanos, provistos de su paraguas encarnados y vestidos con los colores chillones que contribuyen á que parezcan tan pintorescos en medio de los caminos, fijaron sus ojos en los señores Minoret.

En los pueblecitos que no son aldeas ni villas, los que no van á misa se quedan en la plaza, y

allí se habla de negocios. En Nemours, á la hora de la misa, se forma una bolsa hebdomadaria á la que acuden los dueños de las casas desparramadas en un radio de media legua. Así se explica la armonía que existe entre los aldeanos para combatir á los burgueses en lo relativo al precio de las especies y de la mano de obra.

—Pues ¿qué hubieras hecho tú? dijo el dueño de la posta á Goupil.

—Me hubiera hecho tan necesario para su vida como el aire que respira. Pero ustedes no han sabido cogerlo desde un principio. Una herencia debe ser cuidada como una mujer hermosa, y una y otra se escapan á veces por falta de cuidados. Si mi patrona estuviese aquí, ella les podría decir cuán exacta es mi comparación.

—El señor Bongrand acaba de decirme que no nos inquietemos, dijo el escribano del juzgado de paz aproximándose al grupo.

—¡Oh! ¡hay muchas maneras de decir eso! respondió Goupil riéndose. Ya me hubiera gustado á mí oír á ese perillán de juez de paz. Si no hubiese ya nada que hacer, y si yo viviese, como él, en casa de su tío, y supiese que estaba todo perdido, también les diría: «¡No os apuréis por nada!»

Al pronunciar esta última frase, Goupil sonrió de una manera tan cómica y le dió una significación tan clara, que los herederos sospecharon que el escribano se habla dejado engañar por el juez de paz.

El recaudador, hombrecito tan insignificante como debe ser todo recaudador, y tan nulo como

pudiera desearlo una mujer de talento, anonadó á su coheredero Massin con un:

—¡Cuando yo se lo decía á usted!

Como las gentes solapadas acostumbran siempre á atribuir al prójimo su doblez, Massin miró de reojo al juez de paz, que estaba en aquel momento hablando cerca de la iglesia con el marqués de Rouvre, que era uno de sus clientes más antiguos, y dijo:

—¡Si yo supiera eso de cierto!...

—Paralizaría usted la protección que concede al marqués de Rouvre, contra el que se han presentado demandas de captura, y al cual amaestra en este momento con sus consejos, dijo Goupil sugiriendo una idea de venganza al escribano. Pero tenga usted cuidado con su jefe, que es hombre astuto, y como tiene influencia con vuestro tío, puede impedir que éste se lo legue todo á la Iglesia.

—¡Bah! ¡no por eso nos moriremos de hambre! dijo Minoret-Levrault abriendo su inmensa tabaquera.

—Pero tampoco viviréis, respondió Goupil haciendo temblar á las dos mujeres, que traducían en privaciones la pérdida de aquella herencia empleada ya tantas veces con la mente en bienestares. Pero ya ahogaremos con Champagne esa pequeña pena, celebrando la vuelta de Desiderio, ¿verdad, papá Minoret? añadió golpeando suavemente el vientre del coloso, é invitándose á sí mismo por temor á que lo olvidasen.

Antes de pasar adelante, las gentes metódicas gustarán de encontrar aquí de antemano una

especie de inventario que no deja de ser necesario para conocer los grados de parentesco que unían al anciano convertido con aquellos tres padres de familia y con sus mujeres. Estos cruzamientos de razas en el interior de las provincias pueden ser objeto de más de una reflexión instructiva.

En Nemours no existen más que tres ó cuatro casas de escasa y desconocida nobleza, entre las cuales brillaba á la sazón la de los Portenduere. Estas familias exclusivas se rozan únicamente con los nobles que poseen tierras ó castillos en los alrededores, entre los cuales se distinguen los Aiglemont, propietarios de la hermosa tierra de Saint-Lange, y el marqués del Rouvre, cuyos bienes, plagados de hipotecas, eran acechados en este momento por los burgueses. Los nobles de la villa carecen de fortuna. Por todo bien, la señora de Portenduere poseía una quinta que daba cuatro mil setecientos francos de renta, y la casa donde vivía. En torno de este diminuto arrabal Saint-Germain se agrupan una docena de ricachos, de antiguos molineros, de negociantes retirados, en una palabra, una burguesía en miniatura, alrededor de la cual se mueven, á su vez, los tenderos al por menor, los proletarios y los aldeanos. Como en los cantones suizos y en algunos otros países, esta burguesía ofrece el curioso espectáculo de la irradiación de algunas familias autochtonas, galas, sin duda, que reinan en un territorio, lo invaden y contribuyen á que todos sus habitantes sean primos. En tiempo de Luis XI, época en que el tercer estado acabó por convertir sus apodos en verdaderos apellidos,